

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. D. JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GUERRERO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

# CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON ANDRÉS SORIA OLMEDO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 7 DE ABRIL DE 2008

GRANADA

MMVIII

*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
c/ Almona del Campillo, 2 - 3º  
18009 Granada  
[www.academiadebuenasletrasdegranada.org](http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org)  
*Imprime:* La Gráfica S.C.And. - Granada  
*Depósito Legal:* Gr-868/2008  
*I.S.B.N.:* 978-84-691-2067-5

# DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ

GUERRERO

“La Literatura: una lectura de la vida”

Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. y Sras. Académicos,  
Señoras y Señores:

**G**RACIAS. Gracias. Les confieso que, en la teoría retórica, no encuentro otra palabra que se ajuste con mayor precisión al sentimiento hondo que experimenté, cuando el profesor y vicepresidente de esta Academia, don Antonio Sánchez Trigueros me comunicó la noticia de mi elección como miembro correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Granada. Para mí constituye un imprevisible honor ingresar en una institución tan prestigiosa, de la que forman parte personalidades ilustres en el universo de nuestra cultura, especialistas acreditados en el ámbito de la Lingüística, de la Teoría, de la Crítica, de la Historia y de la creación literarias, personas dotadas de excelente calidad científica, destacados expertos en diferentes ciencias y, sobre todo, eminentes sabios en la vida humana. Me siento honrado y sorprendido. Les ruego, amigos, que, en esta ocasión, sean benévolos.

### **Introducción**

Aunque somos conscientes de que formular una definición de la literatura con la intención de alcanzar sus últimas raíces constituye una tarea pretenciosa —e, incluso, presuntuosa—, creemos que los teóricos y los críticos de la Literatura contraemos el deber profesional de esforzarnos por descubrir los supuestos en los que los historiadores y los lectores han de fundamentar sus análisis interpretativos y sus juicios valorativos de los textos. Al menos hemos de reconocer que esta tarea constituye un inevitable punto de partida o, si preferimos, una

“pre-teoría”, que oriente la descripción y la definición de esos textos que, de diferentes maneras, contribuyen a nuestro crecimiento personal y a nuestro bienestar humano.

Sintetizándola –quizás exageradamente– formulamos nuestra propuesta de la siguiente manera:

1.- La literatura es una lectura profunda de la vida, y la vida es una manera intensa –más consciente, más plena y más humana– de vivir la literatura. Con esta afirmación tratamos de evitar esa tentación en la que, de manera reiterada, han sucumbido algunas teorías literarias: replegarse en su esencia y encerrarse en su torre de marfil alejada y a veces opuesta a la vida.

2.- Sí; la literatura humaniza la vida. De una manera más concreta, afirmamos que el conocimiento a fondo de los autores clásicos y de las Escrituras contribuye de una forma decisiva a la pervivencia actual de la sensibilidad artística e, incluso, de la conciencia moral. Nos ayuda para que nos defendamos de los ataques permanentes de la vulgaridad estética de la sociedad y de la brutalidad política de los poderosos; nos protege de la ordinariez ambiental y de la crueldad institucional, y nos estimula para que seamos coherentes con nosotros mismos y honrados con los demás.

Esta concepción –queridos amigos– no es obvia ni general. Recordemos, sólo a manera de ejemplo, cómo Jean Cohen<sup>1</sup> explica que la literatura surge de un sistema de sepa-

---

1. *Estructura del lenguaje poético*, 1984, Madrid, Gredos.

raciones y cómo, durante todo el siglo XX, se han sucedido una serie de definiciones de la literatura que la aíslan y la contraponen a las demás actividades humanas. Nosotros tratamos, por el contrario, de sacarla de ese lugar esencial y de impregnarla de esa realidad compleja y polivalente que es la vida humana.

Hemos advertido que, cuando prestamos nuestra atención a ese clamor de la literatura que se interroga sobre sí misma —¿qué es la literatura?—, descubrimos que esta pregunta está inscrita en otra cuestión más permanente, más acuciante y más importante: es la averiguación sobre el sentido de la vida, sobre el significado de la existencia humana. Así formulada esta pregunta sobre la naturaleza íntima —humana— de la literatura, paradójicamente, encierra una defensa y un ataque, una afirmación y una rebelión. Por eso, detrás de todas las preguntas sobre la Literatura, hemos de escuchar el clamor de la exasperación que nos pregunta para qué todo este circo, esta farsa o este juego en el que los que escribimos y los que leemos gastamos tantas energías.

Todos sabemos por propia experiencia que la literatura —además de ser un instrumento de conocimiento de la realidad humana— puede ser sentida y experimentada. Hemos de reconocer que el literato, cuando aborda temas relacionados con la vida cotidiana —con la soledad o la compañía, con la comunicación o la incomunicación, con la lucidez o la locura que subyace en la mayoría de los gestos diarios— aunque transite por una senda diferente a la del filósofo o a la del asceta, camina —igual que éstos investigadores— hacia la búsqueda del sentido de la vida. Los tres son —es una obviedad—

protagonistas y un poco artesanos de sus destinos y de sus caminos en la inevitable empresa de proporcionar sentido a sus existencias. Por eso, a veces, sus vidas son más inspiradas y más elocuentes que sus textos. La vida –y cada una de sus tareas– (sólo) tiene sentido para los seres que, en vez de abandonarse a unas ocupaciones vanas o fútiles, toman su existencia en sus propias manos: sólo viven la vida de una manera humana los que hacen de ella, de algún modo, una composición literaria o, en general, una obra artística.

La vida, cuando es contada e interpretada por la literatura queda transformada por la acción de las palabras y las palabras se llenan de sentido por la vida. El drama de la Literatura se produce cuando una obra no establece contacto entre la lengua y la vida: una vida que ha de ser aclarada por las palabras, y unas palabras que hemos de sujetar por la vida. Cuando hacemos estas afirmaciones nos estamos refiriendo a la vida real y concreta del hombre real y concreto: a sus vidas y a la mía.

¿Cómo salvar la distancia? ¿Cómo hacer que la literatura y la vida se entiendan?

Dejando en la vida un ámbito para la literatura y, en la literatura, un espacio para la vida. Hemos de esforzarnos por mostrar el camino por el que la vida se acerca a la literatura, saliendo de sí sin ser notada; hemos de esforzarnos por llenar el hueco, el abismo que a veces se abre entre literatura y vida.

Por estas razones afirmamos que cada género literario se diferencia de los otros, sobre todo, por el tipo de vida que le ha dado origen. Hemos de partir del supuesto de que no se



escribe por exigencias literarias sino por la necesidad que tiene la vida de expresarse, de explicarse y de comunicarse. Recordemos que, en el origen común y más hondo de los géneros literarios, está la necesidad que la vida tiene de expresarse o la exigencia que los hombres tenemos de dibujar unos seres diferentes de nosotros o la de apresar criaturas imaginarias que nos completen. La literatura expresa y retiene la vida; revela sus entrañas en un doble y complementario movimiento: el de distanciamiento de sí y el de la búsqueda de un soporte que la sostenga y la aclare.

Advirtamos, además, que las raíces psicológicas de la actividad literaria –tanto escritora como lectora– residen, como ocurre en los demás impulsos paradójicos de búsqueda y de huida, en ese fondo humano de un profundo descontento y de una aspiración esperanzada: el descontento de lo que todavía somos y la aspiración de lo que pretendemos ser. Sin un profundo descontento, no saldríamos de nosotros mismos en busca de horizontes siempre renovados.

La aspiración esperanzada nace, además, de la búsqueda de un interlocutor o del descubrimiento de la posibilidad de que alguien escuche nuestra voz, que lea nuestros textos y que, en cierta medida al menos, nos comprenda. Advirtamos que hasta los lenguajes más elementales, hasta el simple ¡ay!, busca un destinatario posible. El lenguaje, aún el más irracional, el llanto mismo, nace ante un posible oyente que lo recoja, lo escuche y lo interprete.

Nuestra propuesta no es totalmente original ya que, en los últimos años, los especialistas –como los profesores Antonio

Sánchez Trigueros, Antonio Chicharro Chamorro, María del Carmen García Tejera, aquí presentes y de los demás que están integrados en el área de Teoría de la Literatura— insisten de manera explícita en esta orientación teórica. Y fuera de nuestras fronteras también escuchamos voces tan acreditadas como, por ejemplo, las de George Steiner<sup>2</sup>, I. A. Richards<sup>3</sup>, Gérard Genette

---

2. “Si no hacemos que nuestros estudios humanistas sean responsables, si no distinguimos en nuestra distribución del tiempo el interés entre lo que tiene primordialmente una significación histórica o particular y lo que no es sino influjo de la vida cotidiana, entonces las ciencias harán valer sus demandas. La ciencia puede ser neutral. En esto consiste tanto su esplendor como su limitación, y es una limitación que en última instancia convierte a la ciencia en algo casi “trivial”. La ciencia no nos puede decir cómo se implantó la barbarie en la moderna condición humana. No puede enseñarnos a salvar las cosas que nos importan por más que haya contribuido a ponerlas en peligro. Un gran descubrimiento en física o en bioquímica puede ser neutral. Un humanismo neutral es o una pedertería o un preludio de lo inhumano. No puedo expresarlo de un modo más exacto o con una fórmula más sucinta. Es un asunto de seriedad y de equilibrio emocional la convicción de que la enseñanza de la literatura, en el caso de que sea posible, es un oficio sumamente complejo y peligroso, puesto que se sabe que se tiene entre las manos lo que hay de más vivo en otro ser humano. Deforma negativa, supongo que esto quiere decir que no se deben publicar trescientas o seiscientas o setecientas páginas sobre un autor del siglo XVI o XVII sin pronunciarse si hoy día vale la pena o no su lectura. O como dijo Kierkegaard: “No vale la pena recordar un pasado que no puede convertirse en presente”.

Enseñar literatura como si se tratara de un oficio superficial, un programa profesional, es peor que enseñarla mal. Enseñarla como si el texto crítico fuera más importante que el poema, como si el examen final fuera más importante que la aventura del descubrimiento privado, la digresión apasionada, es lo peor de todo. Kierkegaard estableció una distinción cruel, pero no nos vendrá mal tenerla en cuenta cuando entramos a un salón a dar una conferencia sobre Shakespeare, sobre Coleridge o sobre Yeats: “Hay dos caminos”, dijo. “Uno es sufrir; el otro es convertirse en profesor del sufrimiento ajeno”. George Steiner, 2003, *Lenguaje y silencio*, Barcelona, Gedisa: 84”.

3. “La cuestión de creencia o incredulidad, en el sentido intelectual, no se presenta nunca si estamos leyendo bien. Si desdichadamente se presenta, ya sea por

quienes afirman que la literatura y cada género se definen esencialmente por una especificidad de sus contenidos<sup>4</sup>.

Por todas estas razones, opino que la función fundamental de los estudios de literatura es la de descubrir los vínculos que unen los textos más importantes con las vidas de los lectores: ésta es, a mi juicio, la única forma de asegurar su supervivencia y de aprovechar su fecundidad. Por eso hemos de esforzarnos para que salga de sí misma y conecte con la vida. Esto es lo que hace, por ejemplo, Don Quijote con ese gesto de salirse de sí mismo o, lo que es lo mismo, de ofrecernos hospitalidad a sus lectores. Sí; podemos afirmar que la literatura es una senda por la que nos salimos de nosotros mismos para situarnos ante algo que pretendemos asimilar, ante alguien con quien queremos convivir y, sobre todo, ante la vida humana que, simplemente, estamos dispuestos a vivir.

Aunque no caemos en la ingenuidad de afirmar que los valores literarios por sí solos humanizan, sí nos atrevemos a aventurar que, si un texto posee calidad literaria, enriquece el gusto, concentra la sustancia humana, puede ayudar para que los lectores, cultivando la sensibilidad, las ideas nobles y los sentimientos sutiles, amortigüen los golpes de las acechanzas de la vulgaridad y las brusquedades de las ambiciones y de las crueldades personales e institucionales.

---

culpa nuestra o del poeta, por el momento hemos dejado de leer y nos hemos transformado en astrónomos, en teólogos, en moralistas, en personas dedicadas a una actividad completamente distinta”. *Lectura crítica*, de I. A. Richards

4. Gérard Genette, *Introduction à l'architexte*, Paris, Seuil, 1979 : 417.

Permítanme que les diga que los teóricos y los críticos que pretendan luchar contra la mediocridad, tendrán que superar la proliferación de la verborrea, y que, cuando propongan pautas para la escritura y para la lectura literarias, tendrán que escuchar el latido y la zozobra del sentimiento humano, y tendrán que evitar, en lo posible, el uso de los clichés gastados por la dilapidación pedante e irreflexiva.

Insistimos en que concebimos, explicamos y aplicamos la literatura como un cauce que nos conduce a una experiencia de la vida más “**vital**”, más consciente, más intensa, más plena y más humana. Leer y escribir literatura es vivir, paladear, saborear, exprimir cada objeto y cada episodio.

La literatura es, sobre todo, una manera de mirar

- para descubrir la sustancia de las cosas,
- para traspasar los límites sensibles a los sucesos,
- para desnudar de disfraces y de caretas a las personas,
- para penetrar en el fondo oculto de la mente,
- para trascender las apariencias engañosas de los gestos,
- para interpretar el significado de las palabras,
- para apropiarnos de las esencias de los objetos,
- para crear y para recrear paisajes,
- para construir y reconstruir mundos.

Por eso, la calidad de la obra literaria depende, más que de la habilidad de la mano, de la agudeza de la mirada; más

que de la finura del pincel, de la fuerza transformadora de las sensaciones y, más que de la agilidad de la pluma, de la capacidad creadora de la imaginación, de su poder incisivo para desentrañar los misterios de cada día.

No se oponen, por lo tanto, literatura y vida, ya que constituyen dos ámbitos mutuamente implicados e interdependientes: cada uno de ellos determina y explica la naturaleza y el significado del otro. Los modelos literarios –las teorías– funcionan en la medida en que definen e interpretan, exteriorizan y objetivan los rasgos profundos más o menos conscientes de los lectores de una determinada sociedad y de un momento histórico.

### **Principios de la Literatura como Experiencia Vital**

Para explicar e ilustrar nuestra teoría que vale para cualquier texto literario, la hemos aplicado a *El Quijote*. En nuestro análisis inicialmente empleamos sólo tres principios que, apropiándonos indebidamente de una nomenclatura filosófica, podríamos denominar “principio de identidad”, “principio de contradicción” y “principio de transferencia”:

1.- **“Principio de identidad”**: La vida humana es literatura y la literatura es vida humana.

2.- **“Principio de contradicción”**: La vida humana es la asunción y la superación de una esencial paradoja: la vida se define por la muerte y la muerte por la vida; la literatura es la constatación de la radical paradoja humana: un puro misterio de contradicción.

3.- **“Principio de transferencia”**: Una cosa es otra cosa; la literatura es el instrumento con el que explicamos el poder

humano para mostrar cómo las realidades se hacen humanas cambiando de naturaleza y de funciones<sup>5</sup>.

### **1.- “Principio de identidad”: La vida humana es literatura y la literatura es vida humana.**

La vida humana es movimiento, cambio, sucesión, tiempo, curso y discurso. La literatura analiza e interpreta las experiencias vitales aplicando unas claves peculiares mediante las cuales extrae unos sentidos nuevos. La literatura no se opone a la vida sino que la ilumina y, en cierta medida, la explica y la transforma. Por eso afirmamos que *El Quijote* significa mucho más que una invectiva contra los libros de caballerías. Es cierto que esta novela –igual que todos los relatos sobre comportamientos humanos– admite muchos niveles de lectura e interpretaciones muy diversas, pero no podemos considerarla sólo como un juego de palabras, como una obra de humor, como una burla del idealismo humano, como una destilación de amarga ironía y ni siquiera sólo como un canto a la libertad.

Don Quijote nos habla a nosotros y nos habla de nosotros. Por eso nos provoca, como se ha señalado a menudo, una

---

5. Este principio se explica y se desarrolla, como es sabido, por los procesos de contigüidad semántica cuyo fundamento antropológico radica en el fetichismo, un término que usamos aquí con pretensiones exclusivamente descriptivas y axiológicamente neutras (sin valoraciones religiosas, psiquiátricas ni morales). Esta institución hunde sus raíces en el fondo de las capas más profundas de la misma vida humana, y no sólo en sus comienzos, sino en nuestra actualidad. En la metonimia establecemos una relación de contigüidad, de posesión, de grado o proximidad, de pertenencia a un mismo grupo; en la sinécdoque –que muchos autores incluyen en la metonimia– se produce, como es sabido, la substitución de la parte por el todo, o el todo por la parte.

sonrisa y una lágrima, una preocupación y una esperanza. Nos reímos de los disparates del caballero; pero también sentimos la tristeza al ver fracasar su intento de realizar unos ideales que deberían ser posibles. Pero su lectura también nos estimula a la reflexión sobre nuestra vida, a la crítica y a la autocrítica porque, hemos de reconocerlo, *El Quijote* es una magna síntesis de vida y de literatura, de vida vivida por nosotros y de vida soñada por nosotros.

Entre otras aportaciones más, *El Quijote* nos ofrece un panorama de la sociedad española en su transición de los siglos XVI al XVII, en la que desfilan personajes de todas las clases sociales, una representación de las más variadas profesiones y oficios, y múltiples muestras de costumbres y de creencias populares. Esta obra describe

- *todos los estamentos sociales*: la nobleza, el campesinado, el clero, la servidumbre, los oficios; los caballeros, los funcionarios, los soldados, los actores, los comerciantes, los estudiantes y los presos;

- *la problemática de la época histórica*: el peligro turco, los corsarios berberiscos, el drama de los cautivos españoles en Berbería, la presencia de los tercios españoles en las distintas posesiones europeas, y los destinos en América;

- *la religión*: el Santo Oficio, las órdenes religiosas, los autoflagelantes, los peregrinos, la interpretación de la religión y las cuestiones de fe, la expulsión de los moriscos, la “limpieza” de sangre;

- *la seguridad*: los cuadrilleros de la Santa Hermandad y el bandolerismo catalán;

- *el pensamiento y el saber de la época*: la medicina, la

astrología, la navegación, las artes, las letras, el legado greco-latino;

- *la moral*: la prevaricación, las prebendas, las ocupaciones pícaras;

- *las costumbres*: las comidas, las monedas, las fiestas y celebraciones, la ropa, las modas, las diferentes clases de telas y de adornos, de zapatos, de joyas, de vestimenta de las clases sociales y la de los diferentes oficios, profesiones y altos cargos.

La habilidad y el arte de Miguel de Cervantes –un mago de los ademanes como lo han definido– reside, mucho más que en sus palabras, en su manera aguda de observar la naturaleza humana, en su forma crítica, ingeniosa e incisiva de contemplar los comportamientos de los seres que lo rodean; en la lucidez con la que cuestiona las convenciones trasnochadas que la inercia de los usos y de las prácticas sociales nos hacen pasar por naturales y por eternas.

Por eso Miguel de Cervantes afirma que sólo hay que escribir sobre la experiencia: sobre las pasiones vividas, sobre aquellos asuntos y de aquella manera que le permita al autor mirarse, con tranquilidad y con autoridad moral, en el espejo de la propia conciencia. Sus dos personajes centrales, don Quijote y Sancho, constituyen una síntesis poética del ser humano. Sancho representa el apego a los valores materiales, mientras que don Quijote ejemplifica la entrega a la defensa de un ideal libremente asumido. Hemos de reconocer, sin embargo, que no son dos figuras contrarias, sino complementarias, dos modelos que muestran la complejidad de cada uno de nosotros que somos materialistas e idealistas a la vez. Para Don Quijote y Sancho, la libertad es la posibi-



lidad, no sólo de traspasar las normas del juego de la vida, sino de sustituirlo por otro que, aunque más precario y desinteresado, sea más placentero.

El juego del mundo, para Don Quijote, es una visión depurada de la caballería, el juego de los caballeros errantes, de las bellas damiselas virtuosas y en peligro, de los magos poderosos y malvados, de los gigantes y de los ogros. Como es sabido, sus narraciones constituyen búsquedas idealizadas de vidas alternativas. Don Quijote está valerosamente loco y es obsesivamente valiente, pero no se engaña a sí mismo. Sabe quién es, pero también quién puede ser si quiere. Cuando, por ejemplo, un cura moralista acusa al hidalgo de que no vive en la realidad y le ordena que se vuelva a casa y deje de viajar, Don Quijote le replica que, para ser realistas, como caballero errante, ha corregido entuertos, castigado la arrogancia y aplastado a diversos monstruos.

Como resumen podemos afirmar que esta novela de Cervantes, en sus dos partes, es un universo, un macrocosmos de su época, de la historia y de la sociedad, de las corrientes literarias y del pensamiento de entonces; pero es, además, el microcosmos donde se desenvuelven unos personajes concretos como don Quijote y Sancho, magistralmente creados que nos descubren y nos describen a nosotros<sup>6</sup>.

---

6. Alfredo Alvar Ezquerro muestra el lado más humano del autor de *El Quijote* en la biografía *Cervantes. Genio y libertad*, 2004, Madrid, Editorial Temas de Hoy, realizada tras una importante investigación basada en diversos y en numerosos archivos que ofrecen una minuciosa descripción de su vida y personalidad.

## **2.- La esencial paradoja de la vida humana; la literatura es la constatación de la paradoja humana: puro misterio de contradicción.**

El concepto de “paradoja” proviene de la filosofía clásica pero responde a una forma de captar la realidad que también ha sido utilizada de una manera permanente en literatura y en arte. Como ejemplo ilustrativo podemos recordar cómo el pintor Escher<sup>7</sup> creó la imagen con la mano que se dibuja a sí misma, o la escalera en la que subir es no subir.

Nosotros partimos de la idea fundamental de que la experiencia vital es inseparable de la idea –y, en cierta medida, de la experiencia– de la muerte. Todo lo que cautiva nuestros sentidos y nos provoca la admiración nos eleva a una plenitud de fin, al deseo intenso de no sobrevivir a la experiencia gratificante.

*El Quijote* nos describe un mundo contradictorio: un momento de la Historia que mezcla el sufrimiento, con el gozo, la riqueza con la pobreza. Recordemos que España vivía a caballo entre el optimismo de Lepanto, que hace pensar al cristianismo que los turcos no son invencibles, y el trauma desproporcionado de la derrota ante los ingleses,

---

7. Maurits Cornelius Escher (nació el 17 de junio de 1898 y murió el 27 de marzo de 1972) fue un artista neerlandés, conocido por sus grabados en madera, litografías y mezzotintos, que trataban de representar construcciones imposibles, la exploración de lo infinito, y las combinaciones de motivos que se transforman gradualmente en formas totalmente diferentes. Su obra experimenta con diversos métodos de representar (en dibujos de 2 ó 3 dimensiones) espacios paradójicos que desafían a los modos habituales de representación. La obra de Maurits Cornelius Escher ha interesado, incluso, a varios matemáticos.

cuando el país se sintió vulnerable por primera vez; aunque, como afirman los historiadores, aquélla fuera una derrota más simbólica y psicológica que real. España era un país rígido y organizado, pero no eficaz, “el primer estado moderno”, y a la vez, un lugar muy difícil de vivir:

Cuando *El Quijote* nos describe el hambre, las crisis económicas, las enfermedades, los abusos de los poderosos, la ortodoxia política y religiosa, el rigor moral y el machismo; cuando nos habla de cierto pluralismo social y de esa sociedad de estratos en la que se produjo un cambio brutal de valores, de la crisis de lo caballeresco, de lo tradicional y de lo integrado, cuando nos detalla cómo aflora el hombre moderno, el primer sentimiento de individualidad y el hombre afirma su propia libertad y su dignidad, nos está hablando a nosotros y de nosotros<sup>8</sup>.

Cervantes reflejó esa crisis: “Alonso Quijano sufre todo tipo de crueldades, pero la dignidad del individuo queda a salvo. Cervantes explica, con profunda piedad por la condición humana, con notable tolerancia y innegable profundidad, cómo ese nuevo sentimiento individual y utópico choca una y otra vez con esa realidad tan española que afirma que siempre lo peor es cierto, que nos aquejan males mucho mayores de lo que realmente son”. A cervantistas como Riquer, Astrana, Canavaggio o Alfredo Alvar, llama la atención la valentía, el sentido de la libertad y la fortaleza moral de Cervantes.

En su época *El Quijote* se contempló sobre todo desde una perspectiva burlesca, y los románticos, en cambio, aportaron una visión donde el mundo ideal y el real están en lucha

---

8. Carmen Iglesias, Conferencia en Madrid (8 de febrero de 2005) ene. Ciclo sobre “La España de Cervantes”.

perpetua. Seguramente ambas visiones, cómica y trágica, están contenidas en el libro y eso es lo que lo ha hecho tan fructífero. Cervantes afirmó varias veces que su primera intención era mostrar a los lectores de la época los disparates de las novelas de caballerías. Y, en efecto, el Quijote ofrece una parodia de las disparatadas invenciones de tales obras.

Hemos de reconocer que Carnaval también es una lectura paródica de la vida; es una manera de distanciarnos, mediante la acción desactivadora del humor, de los problemas que nos acucian; es una forma de desacralizar, mediante la fuerza disolvente de la risa, la irracionalidad de las convenciones sociales y, sobre todo, es un modo de descubrir el fondo secreto de muchas de nuestras aspiraciones no identificadas.

Creemos que estas mismas definiciones nos pueden servir para explicar algunos de los valores que determinan que *El Quijote* –composición transgresora– sea una obra maestra de la literatura universal, una composición artística que nos sigue enseñando y divirtiendo a los hombres actuales, una “novela” que nos sigue hablando, con un lenguaje claro, de cuestiones vitales que nos afectan, nos interesan o nos inquietan en la actualidad.

Los teóricos coinciden en señalar que un elemento estructurador fundamental de *El Quijote* es su carácter paródico. Es fácil comprobar cómo su organización copia la de los libros de caballerías y, por ello, sigue sus esquemas: se apropia de la disposición general, de sus personajes, del encadenamiento de aventuras e, incluso, de sus quimeras. Pero hemos de reconocer que la riqueza de esta obra estriba, en gran medi-

da, en la agudeza de sus ocurrencias, en sus graciosas y picantes bromas, en su fina y pronta ironía, en sus pícaros y maliciosos sarcasmos y en sus felices y oportunos disparates.

### **3.- “Principio de transferencia” y de “contigüidad: Una cosa es otra cosa.**

La literatura es el instrumento con el que explicamos el poder humano para mostrar cómo las realidades se hacen humanas cambiando de naturaleza y de funciones. Este principio se fundamenta antropológicamente en el fetichismo, término que aquí usamos con pretensiones exclusivamente descriptivas y, por lo tanto, axiológicamente neutras (sin valoraciones religiosas, psiquiátricas ni morales). Es una institución cuyas raíces nacen en el fondo de las capas más profundas de la misma vida humana, y no sólo en sus comienzos, sino a lo largo de toda su trayectoria cultural y, de una manera muy evidente, en la actualidad. El fetichismo es el fondo antropológico de la metáfora, de metonimia y de la sinécdoque; es la explicación de esa relación de contigüidad, de posesión, de inclusión, de grado, proximidad y de pertenencia.

Don Quijote está valerosamente loco y es obsesivamente valiente, pero su locura y su valentía, no hace que pierda el sentido de la realidad sino que, por el contrario, le sirve para iluminarnos zonas oscuras de nosotros mismos y para descubrirnos nuevos e inéditos valores: no se engaña a sí mismo no trata de engañar a Sancho ni a los demás personajes ni, mucho menos, nos engaña a los lectores.

Cuando afirma que los molinos de viento –que giran y muelen– son gigantes, nos descubre que los gigantes son molinos de viento. Gracias a *Don Quijote* descubrimos que

los molinos de viento, las máquinas, los motores y la técnica son, o pueden ser, “desaforados gigantes” que ponen en peligro la supremacía del hombre, pero, también que algunos seres humanos que se encaraman en las peanas del poder físico, económico o militar, son molinos que se mueven por la fuerza cambiante de los vientos y que trituran, con sus avarientas e insaciables muelas, el trigo de los valores humanos.

Cuando leemos que Aldonza, es una campesina que, contemplada con los ojos penetrantes de Don Quijote es Dulcinea, la emperatriz del Toboso, una doncella cuya belleza no hay otra igual en el mundo entero, nos anima para que descubramos esa belleza inédita en la mirada, en las expresiones y en los gestos de tantos seres humanos que no han aprendido a mirar. La descripción de la ínsula Barataria nos revela cómo, efectivamente, en cualquier pedazo de esta tierra, podemos localizar nuestro paraíso perdido o soñado. Si no fijamos con atención, podremos llegar a la conclusión de que una sencilla venta al borde de un camino es, o puede llegar a ser, una mansión, un palacio o, sin duda alguna, un airoso castillo.

### **Conclusión**

Esta lectura nos pone de manifiesto cómo Cervantes, vitalista y, al mismo tiempo escéptico, con la pintura de Don Quijote nos muestra que la literatura, no sólo es una forma de conocer al hombre, no sólo es una teoría de la vida humana, una vía por la que el hombre se conoce a sí mismo y a otros hombres, sino también que es una senda –si no la única, sí complementaria– para lograr la sabiduría de la vida.

Gracias.

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GUERRERO  
(CÁDIZ, 1936)

Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Dirige en la actualidad el grupo de investigación: “La teoría literaria andaluza” –subvencionado por la Junta de Andalucía– y el Grupo de investigación “Estudios de Retórica Actual” ERA. Es Director de los Seminarios sobre Emilio Castelar, Director de los Encuentros sobre Eduardo Benot, Responsable de la Escuela de Escritoras y Escritores y de la Escuela de Comunicadores.

Ha sido Secretario de la Facultad de Filosofía y Letras, Director de Actividades Culturales de la Universidad, Director de los Cursos de Verano de Cádiz y San Roque, y Vicerrector de Extensión Universitaria y Alumnado.

**Líneas de investigación:**

Teoría de la Literatura, Crítica Literaria, Ideología, Historia de la Retórica y La Retórica actual.

**Publicaciones**

130 trabajos de investigación, 31 libros, 24 Aportaciones en Congresos Internacionales y más de 1.100 artículos de divulgación y de crítica de actualidad en la prensa diaria.

**Últimos libros publicados**

*Cádiz y las Generaciones poéticas del 27 y del 36. La revista poética Isla, Platero (1948-1954). Historia, antología e índices de una revista literaria gaditana, La expresividad poética, Manual de Teoría de la Literatura, Teoría y prácti-*

*ca del comentario literario, Nuestras cosas, Las palabras de moda, Antología de Pedro Pérez-Clotet, El Mentidero. Las palabras de moda (tomo segundo), Nuestras gentes, Ecos de la Bahía, El Arte de escribir, El Arte de callar, El silencio de los profetas. (Con María del Carmen García Tejera) Orientaciones prácticas para el comentario crítico del textos. Los poetas andaluces de los cincuenta, El arte de hablar, Historia Breve de la Retórica, (traducido al coreano); Teoría, historia y crítica del texto literario.*



CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. ANDRÉS SORIA OLMEDO

Excmo. Señor Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. y Sras. Académicos,  
Señoras y Señores:

**N**UESTRO nuevo Académico correspondiente en Cádiz nos habla de la literatura como conjunto de textos que “contribuyen a nuestro crecimiento personal y a nuestro bienestar humano”, es decir, de la vida. No concibe la literatura fuera de su relación con la vida. Para justificar esa soldadura, sostiene que “la literatura humaniza la vida”. Con esa frase se afilia a la prestigiosa tradición de los humanistas para quienes la cultura, o el cultivo de sí mismos, no se imaginaba sino en función del crecimiento interior y a la vez de quienes pudieran ser los destinatarios de ese trabajo de aumento de la estatura vital. En gran medida, es un trabajo a favor del lenguaje en toda su amplitud viva y contra sus clichés, que al mismo tiempo suelen ser síntoma de “idéas reçues” o de prejuicios.

José Antonio Hernández Guerrero ejemplifica su idea con *El Quijote*, un libro que nos habla a nosotros todos, de nuestra sociedad, del juego de nuestro mundo. La novela de Cervantes es el macrocosmos de su época y el microcosmos de nosotros mismos, lectores a cuatro siglos de distancia. Nos muestra en toda nuestra contradicción, cómica y trágica, expuesta a través de la parodia, que es crítica, y en toda la variedad del mundo, donde las cosas son y no son, como la robusta Aldonza es Dulcinea y una venta un castillo.

He hablado antes de los humanistas y estamos ante un “vir bonus dicendi peritus”, el “hombre honrado, experto en hablar” de la frase atribuida a Catón.

En efecto, José Antonio Hernández Guerrero, catedrático de Teoría Literaria y Literatura Comparada de la Universidad de Cádiz, es especialista en retórica. Entre los muchísimos títulos de su bibliografía, no pocos se dedican a la reivindicación de ese arte secular e inextinguible. Su campo de estudio fue sin duda inactual en la Teoría Literaria de hace un par de décadas, cuando el espejismo del predominio de la Lingüística pareció arrinconarla, reduciéndola a un puñado de tropos, o todo lo más a un brazado de figuras que se formalizaban en Bélgica, a pesar de que el propio Roland Barthes tenía escrito un esclarecedor resumen de la retórica clásica. Pero la tozudez valió la pena, y como es sabido la retórica ha vuelto a estar en primera línea del interés de los estudiosos, desde muy distintos ángulos: el filosófico de Michel Meyer, el que Hayden White aplicó a las categorías historiográficas, la esplendorosa reivindicación de la edad de la retórica por el francés Marc Fumarol o la reescritura de toda la historia literaria italiana desde la Edad Media hasta hoy mismo por parte de Andrea Battistini y Ezio Raimondi.

Sin pasar por alto el florecimiento en el Barroco, Hernández Guerrero ha estudiado la pervivencia de la retórica en el XVIII, entre los sensualistas, por ejemplo, y en el XIX, en competencia con la gramática, pero determinante en el foro parlamentario –en la mítica figura de Castelar– y al periodismo. En última instancia, relacionada con las formas actuales, es decir vivas, de la comunicación. En cierto modo todo ese esfuerzo ha culminado, por ejemplo, en *El arte de hablar: manual de retórica poética*, publicado en 2004 junto con su mujer María del Carmen García Tejera, también profesora de Teoría Literaria. En él se comprueba y se difunde

con propósitos didácticos la validez y la pertinencia de *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* y *actio*, las cinco partes clásicas del arte de persuadir. José Antonio Hernández Guerrero y María del Carmen García Tejera han publicado también en 2005 una *Teoría, historia y práctica del comentario literario*, y en 2002 un volumen sobre *El humor y las ciencias humanas*.

Otro de los centros de atención del nuevo Académico correspondiente por Cádiz es precisamente la literatura que genera Cádiz y amplifican los ecos de la Bahía a través de sus vientos (*Ecos de la Bahía* se titula, si no recuerdo mal, el penúltimo libro de nuestro compañero). Ha compilado una antología de *La poesía andaluza de los cincuenta* en 2003 y dedicó un libro hace veinticinco años a *Cádiz y las generaciones poéticas del 27 y el 36*. La revista *Isla*, así como un estudio a la poesía del director de la revista *Isla*, Pedro Pérez Clotet. Rumbo a los años cincuenta y sesenta, siempre en Cádiz, ha abordado igualmente la revista *Platero*, y figuras como el estupendo Fernando Quiñones.

Por otro lado, no desdeña la labor periodística cotidiana –algún premio ha cosechado por ella–, ni quizá la radiofónica. Por estar en (primera) línea de la comunicación incluso tiene un blog, empresa que algunos académicos encontramos pionera, aunque quizá no por mucho tiempo. En todo caso, vemos que José Antonio Hernández Guerrero se toma muy en serio el compromiso de la literatura con la vida del que hablaba hace un ratito.

Por último, aunque no lo menos importante, y en coherencia secreta con todo lo anterior, José Antonio Hernández

Guerrero sabe mucho de flamenco, no sólo de los aspectos históricos, que ha investigado en su relación con Manuel de Falla, sino de sus palos, de su compás –otra vez el arte y la vida, otra vez Cádiz–. Probablemente canta bien, como demuestra su dominio de los dedos, hechos palillos. Por una vez, esto que les digo no lo sé por los libros, sino por la vida. Por haber pasado con María del Carmen y con él unos días estupendos en Puerto Rico, a fines del ya lejano 1991, con motivo del Centenario de Pedro Salinas. En concreto, me acuerdo de una excursión a la ciudad de Ponce, donde se mezclan los cuadros de los prerrafaelitas ingleses, con sus escenas medievales tan incongruentes en el ambiente de la isla tropical, con el ritmo perfecto de unas bulerías o unas alegrías, en una nebulosa de bienestar imborrable.

Bienvenido, pues, en nombre de todos, y cordialmente, José Antonio Hernández Guerrero, a la Academia de Buenas Letras de Granada.

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada,  
el 29 de marzo de 2008,  
en el LXVI aniversario del fallecimiento  
del poeta Miguel Hernández,  
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,  
Bibliotecario de la Academia

Granada,  
MMVIII